

LAS SIETE HERMANAS

(Cuento)

Un atardecer, poco antes que el Sol se ocultara por el horizonte, un joven caminaba por una playa desierta. En eso le pareció escuchar un canto lejano. Miró a su alrededor, pero hasta donde llegaba su vista no alcanzaba a ver a nadie. El canto se oía cada vez más cerca y esta vez parecía venir del cielo. Muy intrigado alzó la vista y pudo ver que una nube bajaba y desaparecía detrás de unas palmeras lejanas.

Corrió hacia aquel lugar y vio que de la nube bajaban siete hermosas muchachas, que comenzaron a bailar en la playa al ritmo de su canto. Pero al escuchar los pasos que se acercaban, las muchachas corrieron asustadas hacia la nube, que se fue elevando hasta perderse en las alturas.

El joven regresó a su casa, pero el extraño suceso no podía apartarse de su mente. A la tarde siguiente volvió al mismo lugar y se escondió detrás de una gran roca. Cuando el Sol comenzó a ocultarse llegó otra vez a sus oídos el canto que venía del cielo. Y de nuevo la nube bajó con las muchachas.





Esta vez pudo contemplarlas mejor mientras ellas bailaban. Todas eran bellísimas, pero una, en especial, cautivó su corazón. Mientras la muchacha daba una vuelta él trató de voltearse para no perderla de vista un solo instante. Pero al hacerlo empujó con el pie una piedrecilla que cayó rodando en la playa.

Lo mismo que la tarde anterior, las muchachas corrieron asustadas y pronto desaparecieron en la nube.

El joven volvió a su casa y al día siguiente no tuvo un momento de sosiego. Las horas se le hicieron eternas. No hacía más que pensar en la misteriosa muchacha de quien ya se había enamorado. Le angustiaba pensar que tal vez ya no regresaría y nunca más la volvería a ver.

Por fin llegó la tarde y el joven corrió a esconderse en la playa. Al cabo de dos horas llegó a sus oídos el canto que esperaba y la nube bajó con las muchachas.

Cuando ellas comenzaron a bailar el joven se fue acercando poco a poco, cuidando de no hacer ruido y amparándose en la sombra que daban las palmeras. Y cuando la muchacha pasó frente a él corrió hacia ella y la agarró de un brazo.

Las otras muchachas corrieron asustadas y se subieron a la nube, llamando a gritos a su compañera. Ella logró soltarse y llegó a la nube cuando flotaba a media altura. Sus compañeras trataron de ayudarla a subir, pero el joven la atrapó de nuevo y los dos rodaron por la playa mientras la nube se alejaba.

Al verse sola, la muchacha se levantó asustada y enfrentándose al joven le preguntó:



—¿Quién eres? ¿Qué pretendes de mí? ¿Por qué me has separado de mis hermanas?

El joven le contó que las había visto bailar las dos noches anteriores y le habló de sus angustias al pensar que tal vez no la volvería a ver. Le habló de su amor y después le pidió que fuera su esposa.

La muchacha se quedó muy sorprendida y le dijo:

—Eso es imposible. Mis hermanas y yo somos hijas del Sol y de la Luna. Somos las Pléyades, ese grupo de estrellas que ustedes llaman las Siete Cabritas. Mi hogar está en el cielo. No puedo quedarme aquí. Tengo que regresar a mi hogar.

El joven le suplicó:

—Entonces déjame ir contigo.

—No puedo hacerlo —dijo la muchacha—. Mi padre se pondría furioso si llegara a saber que le hemos desobedecido. Nos tiene prohibido bajar a la Tierra y por eso aprovechamos para venir cuando él se está ocultando y no puede vernos.

Tanto insistió el joven que al final la muchacha se conmovió y le dijo:

—Está bien. Enviaré un mensaje a mis hermanas con el viento para que vengan mañana y nos lleven con ellas. Ojalá puedas convencer a mi padre.

Al atardecer del día siguiente la nube bajó con las seis muchachas. Al ver al joven se asustaron mucho, pero su hermana las tranquilizó contándoles que habían decidido casarse y que iban a hablar con su padre para pedirle su consentimiento.

Cuando el Sol se enteró de la desobediencia de sus hijas se enojó mucho. Y dijo que no estaba dispuesto a permitir que un joven de la Tierra se casara con una de ellas.

La muchacha rompió a llorar y el joven comenzó a hablarle del amor que sentía por su hija. Tanto le rogó que el Sol acabó por ablandarse y dijo:

—Veo que en verdad amas a mi hija y no me opondré a que se casen, con la condición de que se queden viviendo aquí. Eso sí, tendrán que irse todos a la parte más alejada del cielo, para que nunca más puedan volver a la Tierra.

El joven le suplicó:

—Permítenos visitarla de vez en cuando, te prometo que regresaremos.

—Está bien —dijo el Sol—, siempre que la visita sea por corto tiempo. Pero sólo tú y tu esposa podrán ir. Mis otras hijas no podrán volver allá nunca más. Con un yerno de la Tierra es suficiente.

El Sol envió a sus siete hijas a un lugar del cielo tan lejano, que no se pueden ver sus rostros. Sólo se ve el brillo de sus cabelleras, que relumbran como el oro. Pero de vez en cuando el joven y su esposa vienen de visita a la Tierra. Por eso es que a veces sólo se ven seis estrellas en el grupo de las Pléyades.

